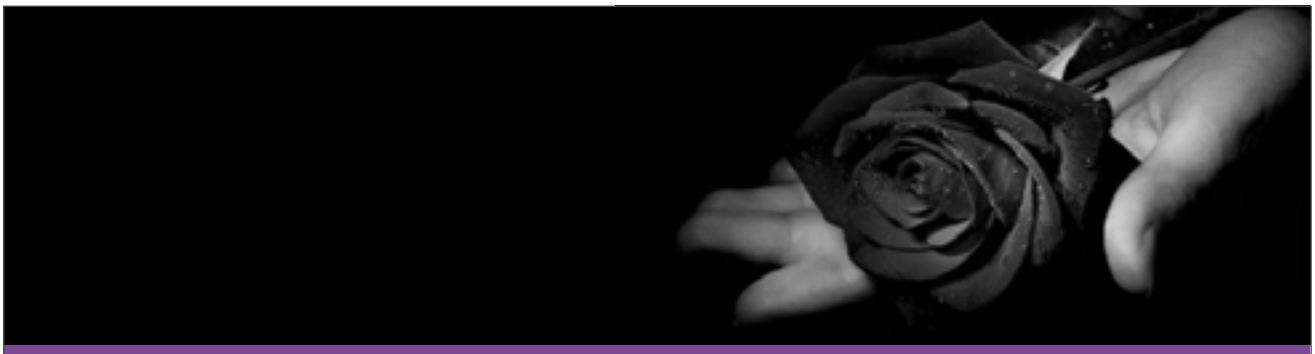

Edith Grandiccelli de Tálamo, o Ediz (como llamaba a mi amiga), una colega muy querida

| Por **Liliana Bernardita Mariotto**

El 29 de julio hablé con Edith por última vez. Me llamó por teléfono para consultarme sobre una traducción pública, una cuestión burocrática. Hablamos casi una hora, nos reímos mucho, como siempre hacíamos cuando nos poníamos a charlar, personalmente, por teléfono, correo electrónico, WhatsApp... o por ondas de pensamiento. Por ondas de pensamiento porque teníamos una gran empatía mutua, nos respetábamos y nos apreciábamos mucho. Confiábamos ciento por ciento una en la otra para cualquier tema de nuestra profesión y algunos de la vida.

Edith traducía mayoritariamente patentes. Conocía profundamente ese campo de trabajo, tanto la traducción como el manejo documental de los estudios de patentes, nuestros clientes. También había traducido algunos libros de ficción. Adoraba la profesión, el trabajo, el desafío cotidiano de traducir. Era una persona honrada y honesta, con convicciones firmes, aunque sabía escuchar y virar cuando su postura no era la mejor. Era fiel, pero no toleraba el golpe bajo, la traición, la mentirita ocasional, las *agachadas*. Tenía valores importantes.

Aquel día de julio me contó que estaba internada por una complicación posquimioterapia y que el asunto del aislamiento por la COVID-19 la tenía harta y aburrida, así que en su habitación, visitada solo por el personal del lugar, trabajaba en la *laptop*. El trabajo la mantenía viva y divertida. Qué paradoja. La habían operado de cáncer de ovario, había hecho quimio y ahora ya pensaba cuándo saldría para retomar su vida con su familia y, fundamentalmente, sus nietos, a los que adoraba.

Cuando me contó sobre la enfermedad, me pegó muy duro y creo que me perdí parte de la conversación inmediata porque no lograba concentrarme después del golpe emocional que me produjo la noticia. De todos modos, la escuchaba y estaba segura de que saldría de esta, una vez más, como me dijo: «Ya salí tres veces, ¿cómo no voy a salir cuatro?».

El 20 de agosto le pregunté si seguía internada, pero ya no tuve respuesta. El 8 de septiembre se apagó. Me enteré de la muerte de mi querida Ediz unos días después. Todavía me cuesta creerlo, como si pudiera volver el tiempo atrás y charlar y reírme con ella un poco más y disfrutar el arte de la ironía que le afloraba por los poros. Era demasiado joven para dejar de estar entre nosotros.

Hablé con el marido para comentarle que había escrito un obituario para la revista del Colegio y quería saber si estaba de acuerdo. Cuando me atendió y le dije mi nombre, me saludó como si fuéramos viejos conocidos: «Edith te nombraba mucho, te quería mucho y tenía una gran confianza en vos. Me habló tantas veces de vos que ya te conozco». Que me dijera eso me desarmó, por un lado, y me hinchó de gratitud, por el otro.

Mi querida Ediz, cuánto la voy a extrañar a medida que pase el tiempo y me dé cuenta de que ya no voy a poder hablar con ella.